

Con todo lo dicho queda claro que tanto los americanos, como los griegos, romanos, egipcios y en general, todas las demás naciones del gentilismo, considerados éstos, como fuentes de la civilización occidental, serán supersticiosos y pueriles en la práctica de su religión. Ahora bien, debo confesar que la religión de los mexicanos era muy sanguinaria, que sus sacrificios eran crudelísimos, y su austeridad extremadamente bárbara; pero cada vez que considero lo que han hecho otras naciones, me confundo y me conmuevo al reconocer la debilidad del entendimiento humano y los errores deplorables en que se precipita cuando no lo guía la luz de la verdadera religión, digo lo anterior porque casi no ha habido nación en el mundo que no haya sacrificado algunas veces víctimas humanas al Dios que adoraban. Sabemos por los libros santos, que los ammonitas quemaban algunos de sus hijos en honor del Dios Moloc, y que lo mismo hacían otros pueblos del País de Canaan, cuyo ejemplo imitaron a veces los israelitas. Consta en el libro 4 de los Reyes, que Achas y Manasés, reyes de Judá, usaron del rito gentilicio de pasar a sus hijos por el fuego; esto puede considerarse para algunos que se trataba de una mera lustración o consagración, no de un holocausto; pero el Salmo 105 no nos deja lugar a dudas de que los israelitas sacrificaban verdaderamente sus hijos a los dioses de los cananeos, no siendo bastante para disuadirlos de aquella bárbara superstición, los estupendos milagros obrados por el brazo omnipotente del verdadero Dios.

De los egipcios sabemos, por el testimonio de Maneton, sacerdote e historiador célebre de aquella nación, citado por Eusebio Cesariense, que cada día se sacrificaban tres hombres en Heliópolis a la diosa Juno, pues así como los ammonitas sacrificaban víctimas a su Moloc, y los cananeos a su Beelphegor, así los persas a su Mitra, los fenicios y cartaginenses a su Baal, los cretenses a Júpiter, los lacedemonios a Marte, los phocas a Diana, los lebos a Baco, los galos a Eso y a Teutate; los bardo de Germania a Tuiston, y así otras naciones a sus dioses tutelares. Filón dice que los fenicios en sus públicas calamidades ofrecían a su inhumano Baal a los más queridos de sus hijos; sabemos, también, que habiendo sido vencido por Agatocles, rey de Siracusa, para aplacar a su dios a quien creían irritado, le sacrificaron doscientos niños nobles a más de trescientos jóvenes que espontáneamente se ofrecieron al sacrificio para manifestar su valor, su piedad a los dioses y su amor a la patria, y según lo que afirma Tertuliano, que como africano y un poco posterior a la época de que hablaba, debía saberlo bien, aquellos sacrificios se usaron en Africa hasta el tiempo del emperador Tiberio, como en las Galias hasta el de Claudio, según testifica Suetonio. ¡A propósito de esto! Cierta autor francés, cuyo nombre no importa, movido de un ciego amor a la patria, niega atrevidamente que los galos hubiesen sacrificado alguna vez víctimas humanas, pero no alega ninguna razón para desmentir los testimonios de César, Plinio, Suetonio, Diódoro, Estrabón, Lactancio, San Agustín y otros serios autores. César, que tenía más conocimiento de los galos decía: Todo el pueblo galo es muy religioso; así, los atacados de enfermedades graves y los que arriesgan sus vida en los combates, inmolan o hacen votos de inmolar a víctimas humanas. Piensan que no puede comprarse la vida de un hombre sino con la vida de otro y hay sacrificios de este género ante los dioses que son una institución pública. Ciertas poblaciones - decía- tienen maniqués de proporciones colosales, hechos de mimbre trenzado,

que llenan de hombres vivos y les prenden fuego, por lo que los hombres son presas de las llamas. Todo esto que acabo de decir puede verse en el libro No. 6, capítulo XVI de la Guerra de las Galias, lo que significa que los galos fueron todavía más crueles que los mexicanos.

Ni aún los españoles se libraron de aquella bárbara superstición. Estrabón refiere que los lusitanos sacrificaban a los prisioneros, les cortaban la mano derecha para consagrarla a sus dioses, observaban sus entrañas y las guardaban para sus agüeros, que todos los habitantes de las montañas acostumbraban sacrificar a los prisioneros juntamente con los caballos, ofreciendo de ciento en ciento tales víctimas al dios Marte. No es ajeno de este modo de pensar lo que Silio Itálico refiere de los bálticos, sus mayores, esto es, que después de haber pasado la edad juvenil voluntariamente se sacrificaban a los dioses como una acción heroica. El padre Mariana en su Historia General de España confirma los sacrificios humanos de los prisioneros en honor y gloria del dios Marte. Si los españoles que escribieron la Historia de México no se hubieran olvidado, o hubieran conocido, lo que antes había sucedido en su península, no se hubieran escandalizado tanto de los sacrificios de los mexicanos.

Puedo seguir señalando más ejemplos, sobre todo si hago referencia al largo detalle que hace Eusebio de Cesárea en su «Preparacione evangélica» de las naciones que han usado aquellos bárbaros sacrificios humanos, pero creo que con lo que ya dejo dicho, queda demostrado que los mexicanos no han hecho más que seguir las huellas de las más celebres naciones del Antiguo Continente y que sus ritos no fueron más crueles, ni más irracionales. ¿No es por ventura mayor inhumanidad sacrificar los propios vecinos, o los propios hijos, así como lo hacían la mayor parte de aquellas naciones, que los prisioneros de guerra como lo acostumbraban los mexicanos? Sobre este aspecto don Hernando Cortés relató la respuesta que le dio Moctezuma cuando aquél le reclamó la crueldad de los sacrificios: «Nosotros - le dijo- tenemos derecho para quitar la vida a nuestros enemigos; podemos matarlos al calor de la batalla, como vosotros habéis hecho con nosotros ¿pues qué injusticia hay en hacer morir a los reos de muerte en honor de nuestros dioses?»

Los «humanísimos» romanos sacrificaron miles de prisioneros arrojándolos a las fieras del circo para diversión del pueblo y no digamos los que sacrificaron sólo por ser cristianos, ofrendándolos a sus dioses paganos.

Ahora bien, debo confesar que considero muy inhumana la horrible práctica de los mexicanos de comer la carne de las víctimas sacrificadas a sus dioses. Aunque no han sido tan raros en el Antiguo Continente los ejemplos de semejante inhumanidad, aún entre las naciones consideradas cultas. A más de los antiguos africanos, cuyos descendientes son en parte aún hoy día antropófagos, lo fueron igualmente muchas naciones de las que antes eran conocidas con el nombre de Escitas, y aún los antiguos pobladores de Sicilia y del continente de Italia, como dicen Plinio y otros autores. De los indios que vivían en tiempo de Nustre, escribe Appion, historiador egipcio, no griego como dice Pauw, que alimentaba un prisionero griego para comerlo al cabo de un año. Del famoso Aníbal, dice Tito Livio, que hizo comer carne humana

a sus soldados para animarlos a la guerra. Plinio en su Historia Natural reprende gravemente a los griegos el uso de comer todas las partes del cuerpo humano para curar diversas enfermedades. ¿Qué extraño es, entonces, que los mexicanos hiciesen por razones religiosas, lo que los griegos usaban por medicina? Más, de ninguna manera pretendo hacer la apología de los mexicanos en este punto. Su religión, en lo que respecta a la antropofagia fue, sin duda, más bárbara que la de los romanos, egipcios y otras naciones cultas; pero insisto que en todo lo demás que queda dicho, fue menos supersticiosa; menos ridícula y menos indecente.

A reserva de volver a hacer uso de la palabra para aclarar, abundar o responder cualquier cuestionamiento sobre lo que he dicho, quiero concluir con una queja amistosa respecto de la indolencia o descuido de nuestros mayores en cuanto a la historia de México; creo que no hemos sabido conservar los restos de las antigüedades de nuestra patria; nos ha faltado edificar un museo, no menos útil que curioso, en donde se recojan las estatuas antiguas y las que se vayan descubriendo en las excavaciones; las armas, los mosaicos, las pinturas mexicanas, los manuscritos, tanto de los misioneros y antiguos españoles, como de los indios, que se hallan actualmente en algunos monasterios, de donde se podrían sacar copias antes que los consuma la polilla o se pierdan por alguna otra desgracia. Lo que hace pocos años hizo un erudito extranjero; el caballero Boturini, nos indica lo que podrían hacer nuestros compatriotas, si a la diligencia y cuerda industria unieran aquella prudencia que se necesita para sacar esta clase de documentos de manos de los indios. Pero sobre todo, esta grandiosa cultura indígena debe difundirse en todo el mundo para evitar despropósitos como los de Pauw y compañía que se atrevieron a escribir sobre el Nuevo Mundo con informes de tercera mano; generalmente de viajeros que pasaron por América y creyeron conocerla de pasada; o bien, a través de pinturas de hombres fantasiosos que imaginaron cosas que resultan absurdas. Se sabe que uno de esos pseudo-historiadores tenía en su gabinete una pintura de un desconocido artista donde aparecían unos embajadores mandados antiguamente a la corte de México montados sobre elefantes. ¡Que barbaridad!

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

He querido hacer uso de la palabra porque lo que aquí se ha dicho me afecta profundamente. Nada de lo que se refiere a los indios de mi patria, me es ajeno. Mucho menos lo relativo a su calumniada racionalidad, a sus sufrimientos y a sus justas reclamaciones de crueldad y segregación. Para empezar quiero rendir el humilde homenaje de mi respeto y reconocimiento a fray Bartolomé de las Casas, a quien siempre he admirado a la distancia de los tiempos por su ferviente apostolado en favor de los indios, y que ahora, gracias a esta intemporal reunión, tengo la oportunidad de reverenciar de cerca; privilegio que me honra y me sublima. Muchos fueron los religiosos que como él vinieron a América infundidos de un gran fervor evangélico: «Id a todos los pueblos del mundo -había dicho Jesús resucitado a sus apóstoles, según San Mateo- y hagan que todos los hombres sean mis discípulos; bautícenlos y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado». De esta

manera, formando un contraste con la sórdida avaricia de los soldados y con la fría crueldad de los capitanes, llegó al Nuevo Mundo otra milicia, cuyo uniforme era un tosco sayal y cuyas armas eran las cruces que, como Jesucristo, cargaban en sus hombros, enseñando a los pueblos, con el ejemplo y la pobreza, los principios de una religión nueva, cuyas máximas reprobaban de una manera enérgica la conducta de los vencedores. Ese fue el momento en que comenzó la lucha entre la autoridad civil y la espiritual de los prelados. Los religiosos, con las doctrinas del Evangelio, tomaron la defensa de los oprimidos. Los soldados, con la potestad de las prerrogativas reales, se empeñaron en seguir en su bárbaro sistema de dominación.

Han pasado los tiempos, pero han quedado las páginas imperecederas de la historia y en las viejas crónicas carcomidas por la polilla, amarillentas por el polvo y la humedad de los siglos, se encuentra la verdad de los sucesos, y se puede conocer perfectamente, como si ahora lo estuviéramos mirando, el palenque donde luchaban, los unos, abrigados con sus humildes sayales y cubriendo con el Evangelio a manera de escudo a los míseros indígenas; y los otros conduciéndolos con el látigo y la espada a las cavernas de la tierra a que sacaran el oro y la plata que no han podido, durante siglos, saciar la codicia humana.

En efecto, la llegada de los primeros religiosos franciscanos, conocidos en aquellos tiempos como los doce apóstoles, fue un suceso notable. Vinieron todos ellos sin más equipaje que los hábitos que traían puestos y sus pobrecitas sandalias. Hicieron el camino a pie, sin armas, sin escolta, ni aparato. En todas partes donde se detenían predicaban el Evangelio, consolaban a los indígenas, los bendecían, les enseñaban el cielo y les infundían la creencia consoladora de una vida eterna, y les hacían comprender, con el ejemplo de las admirables obras de la naturaleza, la existencia de un Ser Supremo lleno de grandeza, de poder y de sabiduría.

Los doce frailes se distribuyeron en las provincias más pobladas; unos se radicaron en Tlaxcala, otros en Cholula, otros en México, y algunos en lo que había sido el antiguo imperio texcocano. Inmediatamente comenzaron a levantar templos, a establecer escuelas, a enseñar a los indígenas no sólo la práctica de unas costumbres más suaves y civilizadas, sino también la lectura, la música y las artes y los oficios que se ignoraban en el país, sin desconocer el grado de adelanto, que con sus propias culturas, habían alcanzado los dos reinos más poderosos de Anáhuac. Entre los encomenderos que arrebatában sus casas, las siembras, los animales y se apropiaban del trabajo y caudal ajenos, y por otro lado, los religiosos que se oponían a estos desmanes y trataban a los indios como hijos, la elección de éstos no fue dudosa; así fue aumentando la popularidad de unos, mientras crecía cada vez más el odio contra los opresores.

A pesar de las preocupaciones religiosas de la época y de las creencias de que el demonio se mezclaba en los ritos de los indios, fueron también los religiosos los que se interesaron en conservar los recuerdos históricos, los jeroglíficos grabados en las piedras de los templos, aprendiendo, para ello, los idiomas de las diversas naciones que poblaban este vasto país. Gracias a ellos, ahora tenemos la oportunidad de conocer la esplendorosa cultura original de los antiguos mexicanos.

Las historias, las crónicas, las gramáticas, la astronomía, los tratados de los diferentes conocimientos humanos que se alcanzaban en la época de la conquista, todos están escritos por frailes franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas y clérigos.

Fueron muchos los que vinieron -repito-; el padre Clavijero en su sorprendente alocución ya hizo mención de los que más destacaron por su humanismo, abnegación y celo apostólico, pero, para mi manera de pensar, ninguno de ellos igual -atendiendo a los resultados- la obra que realizó fray Bartolomé de las Casas en favor de los indios, porque no se redujo a curarles las heridas de los latigazos, ni a darles fortaleza espiritual ejemplificando el dolor de Cristo en el calvario; ni tampoco se concretó a enviar cartas a los reyes de España denunciando la crueldad de los opresores. ¡No! Al pronunciar el nombre de fray Bartolomé debemos detenernos con respeto. Éste es el abogado que Dios asignó a los indios en su misericordia; el muro de acero que el Señor levantó contra los conquistadores y contra el cual se estrellaron todas las pasiones sin derrumbarlo. Este infatigable dominico pasó y repasó 17 veces el Océano Atlántico; en cuatro ocasiones fue hasta Alemania en busca del Emperador, para decirle que en América privaba la ambición, la codicia, el poder y las más insanas pasiones del hombre; que las ordenes reales, cédulas y ordenanzas para proteger a los indios se habían convertido en su ruina, porque todas las autoridades estaban conjuradas para eludirlas y al hacerlo, encontraban fórmulas más crueles para despojarlos, vejarlos y explotarlos como bestias. Las Casas acudió a los tribunales, disputó con los sabios, combatió a los poderosos, escribió un tremendo libro titulado «Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias» conteniendo una detallada denuncia de los crímenes y la inhumana crueldad de los conquistadores en contra de los indios. Sus gritos denunciadores causaron tal conmoción en Europa que los reyes resolvieron elaborar un sistema de leyes protectoras de los indígenas y una organización administrativa que garantizara su cumplimiento. Con este motivo se nombró un Consejo de Indias, se designaron oidores y corregidores para aplicar las leyes y vigilar las autoridades virreinales; y además, se autorizó a todas las personas que algo representaran en la Nueva España a escribir directamente al rey e informarle del estado de cosas en estas tierras. Con esa potestad -como ya lo dijo Clavijero- entablaron correspondencia directa con los soberanos de España el padre Sahagún, Olmos, Motolinía, Pedro de Gante, Vasco de Quiroga, el propio fray Bartolomé de las Casas y el obispo Juan de Zumárraga; y tal vez algunos más de los cuales no se tuvo conocimiento. Apercebido de las Casas que toda esa buena disposición de los reyes se estrellaban ante la pertinaz resistencia de los esclavistas de México, donde se hizo famoso el mordaz estribillo «Se acata pero no se cumple» que expresaba el cínico desacato a las ordenanzas reales protectoras de los indios, se propuso convencer no sólo al rey, sino a los más eminentes teólogos, sabios, humanistas y publicistas de su tiempo participando en las dos trascendentales Juntas que él mismo nos ha referido. Fue tal el éxito de fray Bartolomé en dichas reuniones que de ambas surgieron estamentos legales que a la postre sirvieron de paliativo, al menos, a la triste situación de los indígenas; digo que al menos sirvieron de paliativo porque dada la insaciable codicia de los esclavistas y de los encomenderos, la vanalidad de los virreyes y demás autoridades menores, la inmensa distancia que mediaba entre quienes

dictaban las leyes, y quienes tenían la obligación de cumplirlas y de hacerlas cumplir, resultaba muy difícil que se lograra su objetivo. Sin embargo, ¿qué hubiera pasado en México y en toda América si fray Bartolomé no hubiera insistido y logrado la promulgación de esas leyes? ¿Qué hubiera sucedido si nuestro gran Las Casas no hubiera destrozado las ideas aristotélicas de Ginés de Sepúlveda sobre la servidumbre natural? ¿Quién o qué hubiera detenido las ansias esclavistas e inhumanas de los conquistadores y de los encomenderos? ¿Quién hubiera evitado la violación indiscriminada de las mujeres indias? ¿Quién hubiera impedido el despojo inicuo de las tierras de las comunidades indígenas? ¿Quién hubiera protestado ante la bestial explotación del trabajo de los indios? Por eso, cuando fray Bartolomé consiguió en la Junta de Burgos que se declarara que el objetivo principal de la conquista de América era el de la evangelización de los indios, no el de su esclavitud, los religiosos que ya estaban aquí, más los que llegaron, amparados en la potestad del rey, pudieron defenderlos de sus opresores y conjurar en gran parte toda oprobiosa servidumbre. Por todo esto, yo siempre he dicho que los mexicanos somos más herederos espirituales de los misioneros que de los españoles. Pero el mayor logro de fray Bartolomé fue el resultado de la Junta de Valladolid, donde aparte de pegarle hasta con los estribos a Ginés de Sepúlveda consiguió se decretaran las famosas Leyes de Indias que consideraba a los indígenas como hombres que gozaban del derecho a la libertad y que como vasallos de la corona española no se les podía hacer guerra por ningún motivo, pues quedaban amparados y sujetos a las leyes como todo ciudadano español, y tampoco se les podía desposeer de sus bienes o derechos con el pretexto de infidelidad religiosa. Estas Leyes trajeron, a la postre, la supresión definitiva de las encomiendas y la esclavitud.

Tanta fue siempre mi admiración por fray Bartolomé de las Casas que durante mi exilio europeo, al que fui confinado por mi eterno detractor y encarnizado enemigo el obispo Alfonso Núñez de Haro, patrociné tres ediciones -una de ellas en Francés- de su libro «Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias», en cuyo contenido me fundé para elaborar mis tesis de insurgencia, porque la horrenda crueldad que aparecía en sus páginas me parecía razón suficiente para impulsar la guerra de independencia de México contra España. De tal suerte que mientras los ideólogos de esa lucha buscaban fundamentos en los principios liberales de la Revolución Francesa, yo inflamaba el odio de los indios, mestizos y criollos contra el país opresor, denunciando las crueldades genocidas de los españoles narradas en su libro por fray Bartolomé. Pero ya que él está aquí presente, con el respeto que me merece su grandiosidad, le ruego nos hable de las razones y objetivos de su «Brevisima», que tanta polémica y controversia suscitó en el Nuevo y en el Viejo Mundo.

MODERADOR

Se le concede la palabra a fray Bartolomé de las Casas en el caso de que quiera atender la convocatoria de fray Servando.

Vuelvo a hacer uso de la palabra en esta insólita reunión, ante todo, para desacreditar tantas alabanzas sobre mi persona, que lejos de halagarme, me causan pesadumbre; porque siempre me ha acompañado el temor de haber pecado de soberbia o al menos de falta de humildad. Mi terca lucha por defender a los indios; los obstáculos que tuve que sortear, las violentas actitudes que hube de tomar para enfrentar la codicia, la lujuria, la crueldad y las bajas pasiones de los españoles, me ensoberbecieron y me agriaron el espíritu y el carácter. Ante tanta maldad era imposible parecer sereno. Sin embargo reconozco que con los años llegue hasta la obstinación; sólo el recuerdo de la divina ira de Jesús con los mercaderes del templo, de fijo me conforta. Pero me invade la tristeza cuando recuerdo algunas de las palabras que en ese tiempo de luchas profiriera en mi contra fray Toribio de Benavente; «Motolinía», que todavía no me explico porque nunca me quiso. Si me lo permiten voy a leer textualmente lo que dijo: «En verdad, para los pocos cánones que Las Casas ha estudiado, alardea mucho, y su desorden parece muy grande y su humildad muy pequeña, y cree que todo el mundo está equivocado, que sólo él está en lo cierto». Por esta razón reniego de lisonjearme con mis hechos. De cualquier manera estoy bien dispuesto a atender la petición de fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, que tanto se esforzó por desligar completamente a México del yugo colonial; pues, no obstante que soy español de nacimiento, mi patria humana es todo aquel pueblo que esté luchando por su libertad, porque siempre he creído que no se puede oír la voz de Cristo allí donde resuena una cadena que esclaviza.

La historia fue así: Fray Antonio de Montesinos; mi maestro, confesor y guía espiritual, cuando colaboré con él allá en la Española, ahora Santo Domingo, me enseñó que frente a la maldad había que tener valentía y que la verdad debía de decirse en cualquier circunstancia aunque fuera motivo de escándalo y de persecución. Desde entonces he gritado y luchado por lo que creo que es la verdad, y me he vuelto obcecado de ello; tal vez por eso Motolinía, con buenos motivos, decía que yo siempre creía tener la razón y que los demás estaban equivocados. Pero volviendo a fray Antonio en 1511, predicando con el ejemplo, y en aras a la verdad, dijo un sermón que causó consternación y polémica en ambos mundos; en el señalaba las atrocidades que los conquistadores estaban cometiendo con los aborígenes del Nuevo Continente y los increpaba para que en nombre de Cristo dijeran con qué derecho golpeaban, vejaban, explotaban y mataban a aquellas inocentes gentes. Como lo dije en mi primera intervención, este sermón hizo temblar a los gobernantes y encomenderos y también al propio monarca español, quién de inmediato requirió de su presencia para que expresara las aclaraciones consiguientes.

Ese sermón fue verdaderamente la señal de combate entre los religiosos protectores y los encomenderos esclavistas; batalla que se recrudeció en la primera mitad del siglo XVI y que ni siquiera se suavizó con la famosa Bula del Papa Paulo III, ni con las Nuevas Leyes, ni las Leyes de Indias, porque éstas aunque reveladoras de las buenas intenciones de los soberanos españoles, **SE ACATABAN, PERO NO SE CUMPLÍAN** como irónicamente lo mencionó el padre Mier. Fue, entonces, que recordando las enseñanzas de Montesinos y su hermoso ejemplo de valentía y

caridad cristiana, me propuse escribir un libro dirigido a sus majestades el Rey Carlos V y el príncipe Felipe, donde les denunciaba a ellos y a la humanidad entera lo que estaba pasando en América; hechos que degradaban a España, a la cristiandad y al linaje humano. Ese libro lo terminé de escribir en 1552 y lo titulé como ya se dijo: «Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias»; lo llamé así porque más que una obra histórica, yo quise relatar la crónica de un genocidio que estaba despoblando estas tierras. Con el permiso de todos los presentes y atendiendo a la petición de fray Servando voy a dar lectura a las partes más alusivas de dicha obra, comenzando, por supuesto, por el prólogo que le dediqué al príncipe Felipe de España: «Muy alto y muy poderoso señor»: Considerando yo los males, daños, perdición y menoscabos inimaginables que por hombres pudieran hacer en aquéllos tan grandes y vastos reinos concedidos y encomendados por Dios y por su Iglesia a los reyes de Castilla para que los rigiesen, gobernasen, convirtiesen y prosperasen temporal y espiritualmente, como hombre que por cincuenta años y más he estado presente en aquellas tierras y me consta el ansia temeraria e irracional de los que no tienen reparo en derramar tan inmensa cantidad de sangre humana, y despoblar de sus naturales moradores y poseedores matando mil cientos de gentes y robar incomparables tesoros, violando la ley natural y divina y cometiendo gravísimos pecados mortales, dignos de terribles y eternos suplicios, tuve por conveniente servir a Vuestra Alteza con este sumario brevísimo de tantos estragos y perdiciones, suplicándole lo reciba y lo lea con clemencia y real benignidad porque sólo me mueve el deseo de servirlos y de ayudar a aquella pobre gente que está siendo destruida y despedazada sin haber causa ni razón justa para ello, sino sólo por la codicia y ambición de los que hacen tan nefarias obras. Suplico a su alteza príncipe Felipe para que persuada a su majestad el rey para que ponga fin de inmediato al terror infernal que actualmente prevalece en las Indias». Esté fue el prólogo, ahora leeré algunas de las narraciones: «En estas tierras, descubiertas en el año de mil cuatrocientos noventa y dos, Dios creó las gentes más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quienes sirven; las más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas, ni bullicios, ni rijosos, no querulosos, sin rencores, sin odios, sin deseos de venganzas. Son, las gentes más delicadas, flacas, tiernas en complexión y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad, que ni hijos de príncipes o señores entre nosotros, criados en regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los de linajes de labradores. Son también gente paupérrima y que menos poseen, ni quieren poseer de bienes temporales, y por esto no son soberbias, ni ambiciosas, ni codiciosas. Su comida es tal, que la de los santos padres en el desierto no parece haber sido más estrecha, ni menos deleitosa, ni pobre. Sus vestidos comúnmente son en cueros, cubiertas sus vergüenzas y cuando mucho cúbrese con una manta de algodón. Son asimismo, limpios y de vivos entendimientos, muy capaces y dóciles para toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra santa fe católica y ser dotados de virtuosas costumbres, de tal suerte que he oído decir a muchos seglares españoles que esas gentes serían las más bienaventuradas del mundo si solamente conocieran a Dios. Pues bien, en estas ovejas mansas y de semejantes cualidades, entraron los españoles como lobos, tigres y leones crudelísimos de muchos días

hambrientos. Y no han hecho otra cosa, de cuarenta años a esta parte, que despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas, a grado tal que muchas islas, antes felices y pobladas, ahora están asoladas y diezmada su población. La causa por la que han hecho tantos males ha sido solamente por tener por fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas, demostrando una insaciable codicia y ambición como nunca se viera otra igual en el mundo. Todo esto lo digo porque durante esos años lo he visto y me consta en verdad ¡Pensar que esas pobres gentes cuando llegaron los españoles los creían venidos del cielo!

«En la isla de Santo Domingo fue la primera donde entraron los españoles y empezaron los estragos y maldades, quitándoles sus alimentos a los indios, tomando sus mujeres, obligándolos a interminables jornadas de trabajo a base de golpes y latigazos; y llegó a tanta la desvergüenza y temeridad de los intrusos que al rey mayor de los indígenas, señor de toda la isla, un capitán español violó por la fuerza a su mujer. Entonces los indios comenzaron a buscar maneras de hacer resistencia, pusieron en armas, que son harto flacas y de poca ofensión y menos defensa, de tal suerte que los cristianos, con sus caballos, espadas y lanzas comenzaron a hacer grandes matanzas y crueldades. Entraban en los pueblos y no dejaban niños, ni viejos, ni mujeres preñadas o paridas que no desbarrigaran e hicieran pedazos, como si se tratara de indefensos corderos en majada. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría un hombre en dos partes, o le cortaba la cabeza de un piquete, o le descubría de un tajo las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernitas y estrellaban sus cabezas en las peñas. Otros atravesaban con la espada a la madre y al niño juntamente. A los nobles y señores los mataban atándolos a unas parrillas de varas sobre horquetas y poniéndoles por debajo fuego manso para que poco a poco, dando alaridos de dolor, se les fueran saliendo las ánimas de los cuerpos. Una vez identifiqué al que hacía las veces de verdugo en las parrillas, porque lo conocí, juntamente con su familia, allá en mi natal Sevilla. Como muchos indígenas corrían huyendo hacía los montes, los españoles enseñaron y amaestraron lebreles -perros bravísimos- que en viendo un indio lo hacían pedazos en un credo y lo comían como si fuera un puerco. Estos perros hicieron grandes estragos y carnicerías. Y porque algunas veces, raras y pocas, los indios lograban matar un cristiano, hicieron éstos una ley de matar cien indios por cada español muerto. Cuando por fin los indios se rindieron empezaron los repartimientos de hombres, mujeres y niños. A cada conquistador se le adjudicaron un número de ellos conforme a su rango, con la consigna de servirse de ellos a cambio de enseñarlos en las cosas de la fe católica; pero lejos de eso, los enviaron, a los hombres, a las minas a sacar oro, que es un trabajo intolerable, y a las mujeres las mandaron a las granjas a cavar las labranzas y cultivar la tierra, trabajo propio para hombres fuertes y recios. No dábanles a los unos, ni a las otras, de comer sino yerbas y cosas sin sustancia. Secábaseles la leche de las tetas a las mujeres paridas, y así murieron en breve todas las criaturas. Muchos de los hombres murieron en las minas de exceso de trabajo y hambre, y ellas en las granjas, de lo mismo. Así se acabaron tantas y tales multitudes de gente en aquella isla».

«En la isla de Cuba pasaron cosas semejantes a las de Santo Domingo. Allí había un cacique que tenía fama de ser un gran señor, llamado Hatuey, que había presenciado algunos acontecimientos de los conquistadores en Santo Domingo. Este personaje cuando los españoles desembarcaron en Cuba reunió a los indígenas y les dijo: «Estas gentes que acaban de llegar son crueles y malvados como nadie más porque adoran un Dios distinto al nuestro». ¿Cómo es ese Dios? -preguntó alguien- ¡Éste es el Dios de los cristianos! dijo el cacique al mismo tiempo que mostraba unos objetos de oro. ¡Éste es el Dios que ellos adoran! Pero si se los damos como quiera nos matan, y todos acordaron echarlo al río».

«Poco después Hatuey fue prisionero y condenado a morir en la hoguera; cuando estaba atado, momentos antes de la ejecución, se le acercó un religioso franciscano ofreciéndole los cristianos caminos del cielo si aceptaba creer las cosas de Dios y de nuestra fe; de otra manera tenía el riesgo de ir al infierno a padecer perpetuos tormentos. El cacique pensando un poco preguntó al religioso si los españoles por ser católicos iban al cielo; a lo que aquél respondió que sí, siempre que cumplieran con los mandamientos de la Iglesia. Inmediatamente Hatuey sin pensarlo mucho dijo que no quería ir al cielo, sino al infierno, para no estar donde estuviese tan cruel y malvada gente. Ésta fue la fama y honra que Dios y nuestra fe se ganó con la gran mayoría de españoles que fueron a conquistar y a saquear las tierras descubiertas por Colón. Allí en Cuba, una vez que los indios fueron puestos en tan terrible servidumbre, viéndose morir sin remedio todos, comenzaron unos a huir a los montes, y otros a ahorcarse desesperados; a veces se ahorcaban maridos y mujeres, y consigo ahorcaban a los hijos. Por las crueldades de un español muy tirano -que me tocó conocer- se ahorcaron más de doscientos indios».

«En la Nueva España, hoy México, desde que llegó Grijalva en 1518 y después Cortés al siguiente año, hasta 1530, o sean, doce años enteros, todo ese tiempo duraron las matanzas y estragos que las sangrientas y crueles manos y espadas de los españoles hicieron en la ciudad de México y a su alrededor. Estas tierras estaban tan llenas de gente, que Toledo, Sevilla, Valladolid y Zaragoza, juntamente con Barcelona, nunca tuvieron semejante población. Entre otras matanzas hicieron una muy grande en una ciudad de más de treinta mil vecinos llamada Cholula. En ese lugar los indios, acompañados por el sacerdote mayor y demás sacerdotes, así como por los señores de la tierra y comarca salieron en procesión a recibir a los españoles, con grande acatamiento y reverencia, no obstante lo cual éstos acordaron hacer allí una gran matanza para poner y sembrar un fuerte temor en todos los rincones de aquellas tierras, como era su costumbre en todos los lugares por donde iban pasando. Así que mandaron llamar a todos los señores y nobles de la ciudad y después a todos los indios que por allí andaban, juntándose en número de cinco o seis mil. Cuando ya estaban juntos y ayuntados en un patio de inmensas paredes, los españoles cerraron las puertas y pusieron mano a sus armas. A mandobles de espada y a lanzadas fueron matando uno por uno a todas aquellas indefensas ovejas. Al cabo de dos o tres días varios indios salían llenos de sangre que se habían amparado y escondido debajo de los muertos e iban llorando ante los españoles pidiendo misericordia, pero ninguna compasión hubieron, al contrario, como iban saliendo los hacían pedazos. A todos los señores que eran más de